



Rosana Schoijett: *C #141* (*Konrad Witz 69, Codex*, 1964 / *Plantas y Flores, Sarpe*, 1980). 2024.  
Papel impreso, hilo. 31,5 x 29 cm.

Textos de profesores

# La escritura en el aula

Uno de los desafíos fundamentales de la docencia en la Maestría de Escritura Creativa es el de enseñar produciendo obra. La planta de escritores-docentes que guía esa enseñanza en la UNTREF asume esa tarea como un horizonte deseado e irrenunciable.

A continuación, presentamos a los lectores y lectoras de *Aquilea* un par de textos firmados por el escritor, traductor y periodista Pedro Rey y por la escritora, poeta y traductora María Negroni.

## **Webern**

*por Pedro Rey*

De él sólo habrían de quedar tres horas —leyó Katsikas, recostado sobre la cama de hierro, dura como un catre de campaña, bajo el virulento foco amarillo de la lámpara que entintaba todavía más la ventana detrás de la que se encontraba el campo ralo; la ventana, que permitía escuchar a una distancia indeterminada, siempre móvil, llegó a pensar Katsikas, la miríada de las calandrias y el benteveo, los zorzales, la lechuza ominosa, los patos picazo que surcan y surcan la laguna; leyó Katsikas, años antes de morir, cuando después de su liberación recaló en la propiedad aislada, perdida en medio de la llanura, que pertenecía a un tal Platonov; leyó Katsikas, que ahí mataba el tiempo en su intento de deshacerse del recuerdo inhóspito de las recientes mazmorras; Katsikas, que durante el día oteaba la llanura lisa, cebaba mate, fumaba picadura y rogaba que se hubieran olvidado de él para siempre, todos, del último al primero; leyó Katsikas, que en ese mismo campo descubrió, o creyó descubrir, gracias a la biblioteca de su protector, una tardía y teórica pasión por la música contemporánea, música de la que no había escuchado jamás ni una nota, de la que apenas estaba leyendo y a la que, contra toda expectativa, comenzaba a considerar en su fuero interno la banda fría, persistente, inaudita, sonora, de sus cuarenta años desastrados—, de él sólo habrían de quedar tres horas de música. Curioso destino el de esa producción que apenas dura, el de esa obra contaminada por el perfeccionismo maníaco y paralizante de su autor, el de esa obra lacónica, aforística, el de esas composiciones concentradas que, a su modo, reniegan de la duración. Apenas tres horas.

Tampoco es de creer —silabeó Katsikas, en un rumor apenas audible, rumor del que aprende a leer, o del que ve mal bajo ciertas luces; silabeó, a la par que se salteaba una página y pasaba la palma de la mano por la entrecana barba de dos días, erizada, de puercoespín; siguió silabeando Katsikas, mientras trasladaba la misma mano hasta los testículos inflamados y los colocaba en una posición menos incómoda dentro de la bolsa rugosa de los pantalones; bisbiseó Katsikas, buscando contener su atención todavía, porque el sueño empezaba a embarullarle las ideas, a distribuir, contra el delgado plano sobre el que se fijaban, orificios negros detrás de los que sólo se intuía un vacío vacío—, tampoco es de creer que su obra, y la parquedad de esa obra, estuviera por aquellos días en el centro de sus preocupaciones. Diversos indicios sugieren que, a pesar de tantos malos augurios, el compositor predecía años de intensa labor. No tenía razones para aventurar que el fin se encontraba tan cerca, que poco más de un año después, un 15 de septiembre

un 15 de septiembre (faltan horas para otro 15 de septiembre, fue repitiendo, como el que aprende a leer, o apenas ve, Katsikas) todo habría llegado a su fin, de una manera subrepticia, incalculable, trágica y, sin embargo, no carente de farsa o de comedia.

Desde el inicio de la contienda, las depresiones de su juventud volvieron a hacer acto de presencia. La prohibición de publicar sus obras, que al principio recibió con indiferencia, de pronto comenzó a agobiarlo, a atenazarlo. Otras circunstancias unieron fuerzas y lo fueron minando: el amargo distanciamiento de aquel al que consideraba su maestro y mentor; el tedio burocrático de su trabajo editorial, en que debía aceptar o rechazar partituras ajenas y corregir las respectivas galeras; su miope confianza en

los valores de una cultura que le imposibilitaba ver, a pesar de su inquina visceral contra la tromba antisemita, lo a todas luces evidente. Lo más importante, en todo caso —leyó Katsikas, que hacía exactos tres años que no escribía una línea, ni siquiera una anotación circunstancial; leyó Katsikas, que había llegado a creer que la mano se le iba anquilosando, que los tendones estaban a punto de soltarse; leyó Katsikas, de pronto sofocado por el pasado, por la divisoria de aguas que otros trazaron en su vida, como si la sola idea de escribir, o de dejar algo por sentado, lo fulminara en la cama; leyó Katsikas, que lo último que había escrito, años antes, hacía referencia al fuego; Katsikas, que había escrito ese relato con el fin de purificarse de algo que lo excedía; ese relato, que en vez de purificarlo, como pensó que ocurriría, terminó por lanzarlo a una discordia incontenible— es que no encontraba el modo de sentarse a componer de manera regular. Carecía del menor vestigio de concentración; la serenidad requerida para esos esfuerzos se le había ido entre los dedos. Como a tantos otros, la guerra lo había desahuciado. En una nota circunstancial dejó constancia de esa sorda implosión; se iba enturbiando, decía, y a su alrededor todo iba quedando fuera de foco, se iba yendo hacia los costados, perdiendo su punto de apoyo; su conciencia era una hondonada sobre la que arreciaba un viento áspero y estéril. Una tundra.

Pronto fue evidente que la única salida plausible sería dejar la capital. Webern y su mujer decidieron, entonces, reunirse con las dos hijas que poco antes, cuando los tanques soviéticos iniciaban su escalada ineluctable, se habían refugiado con vástagos y maridos en una localidad del interior, extraviada en el área montañosa del Pinzgau. Allí, en esa pequeña ciudad, llamada Mittersill, el esposo de una de ellas había heredado poco tiempo

antes una propiedad. Consideraron que el sitio sería idóneo para atenuar las consecuencias del final de la guerra —leyó Katsikas, que escuchaba en ese instante casi sin advertirlo cómo Platonov, o alguno de sus empleados, cerraba afuera uno de los portones, el de los establos o el del inmenso depósito rural donde guardaban los tractores, los arados; leyó Katsikas que distinguió, sin prestarle atención, el chirrido serial que producía la plancha de metal al corcovear sobre el suelo de grava; leyó Katsikas, que se deslizó un poco más hacia el fondo de la cama de hierro, encas-trando la nuca contra la almohada, demasiado almidonada, que iba fermentando con sus plumas la ordalía de una alergia general; Katsikas, que volvió a sentir la puntada en el pulmón izquierdo, viniendo desde abajo, como si se hubiera apoyado sobre un solitario clavo de faquir—, la febril ocupación de la capital. Alentados por las hijas, con las que a diario mantenían correspondencia, terminaron por unírseles. Era un proyecto menos razonado que intempestivo, sin plazos preestablecidos, y la visita no se prolongó demasiado. El compositor toleró mal los inconvenientes cotidianos, la precariedad y las carestías, por lo que tras un par de semanas dio a entender que lo mejor sería regresar, para retomar sus trabajos suspendidos, a la ciudad de la que había escapado. Ahí, enterrados para evitar potenciales saqueos, habían quedado los manuscritos, las partituras, una porción de su biblioteca. Algunos testigos aseguran que durante ese período en Mittersill no hizo nada, que, por lo esencial, se dedicó a recorrer los alrededores y las faldas de las montañas, muy similares a aquellas en las que había crecido. Dedicó la mayor parte de sus energías a la botánica. Siempre con su diccionario técnico a mano, disecaba flores alpestres, investigaba las múltiples especies de musgos y líquenes aferrados a las rocas, se hacía de hongos

elefantiásicos, meditaba sobre las formas y su variedad. El mundo vegetal, con su indiferente proliferación, los paseos al aire libre, que le evitaban las fricciones del mundo, terminaron influyendo para bien en su salud. Su tez recuperó coloratura. A quien quisiera oírlo le aseguraba que, en tiempos de debacle, no había nada como la fotosíntesis.

Webern retornó a Viena a mediados de agosto, con la íntima convicción de que al fin podría entregarse a las composiciones pendientes. Como si quisiera contradecirlo con brutal ironía, lo aguardaba, en cambio, un telegrama. Le indicaba la fecha y la hora en que debía presentarse a ocupar “un puesto de trabajo” —leyó Katsikas, que sólo había tenido un único puesto de trabajo en toda su vida, cuando en la primera juventud se había dedicado a la traducción de textos técnicos en una empresa de importación/exportación; Katsikas, que siempre necesitado de horas para el ocio contemplativo, llegó a la conclusión de que las ocupaciones con horario fijo y salario mediocre no se adecuaban a su temperamento; Katsikas, que a partir de entonces fue sobreviviendo gracias a trabajos esporádicos de fácil ejecución, a la publicación de sus primeras ficciones dispersas y al razonable usufructo de la herencia materna; Katsikas, que la única ocasión en su vida en que ocupó un puesto de trabajo fue presa de un rigor muscular que le impedía cruzar ciertas calles y lo condenaba a deambular por una topografía de apenas diez manzanas, a recorrer, sin escapatoria, un repetido reino de piedra, concreto, brea y fragmentarios cielos grises. “Un puesto de trabajo” era, por supuesto, un eufemismo. En realidad, debido a la urgencia de la situación, lo convocaron a servicio sin tomar en cuenta su edad ni sus capacidades. Como el de todos, el suyo era apenas otro apellido en una lista anónima. A pesar de su absoluto

desconocimiento en la materia, fue nombrado guardia antiaéreo. Se le entregó un uniforme y le fue asignado un lugar, con su respectivo catre, para dormir en los cuarteles. Su correspondencia de aquellas jornadas prueba que lo que en un comienzo fue angustia, la sería amenaza de un colapso nervioso, pronto devino rutina sin escándalos. No se divisaban aviones. No vio ninguno en todo ese período, ni siquiera surcando por distracción el horizonte. Por escrito, se burlaba de la tela basta de su uniforme de recluta, comparaba sus actividades cotidianas con las de un albañil. Su principal tarea consistía, según enumeró, en el traslado sin pausa de materiales para la construcción, ladrillos, arena, bolsas de cal, canto rodado, desde las seis de la mañana hasta la caída del sol, momento en el que un timbre mal calibrado decretaba el fin de la jornada laboral.

Cuando por fin, meses después, fue eximido de esas tareas y pudo volver a su departamento, lo esperaba otro telegrama con noticias más amargas todavía. El mensaje, escueto, anunciaba que su único hijo varón, Peter, conscripto del ejército —leyó Katsikas, que pensó por una fracción de segundo en la mañana de mañana, que avanzaba desde el este clara y transparente; leyó Katsikas, mientras se rascaba la piel de la que se desprendían breves tiras reseca; Katsikas, que las exponía contra la luz de la lámpara e investigaba con curiosidad esos restos, su propia muda de reptil—, había muerto ese mismo mes de febrero. El tren en que viajaba su destacamento fue alcanzado por las bombas que, lanzadas en ramillete por los cazas, dieron de lleno en la formación e hicieron descarrilar la mayor parte de los vagones. La desgracia ocurrió en los Balcanes —y Katsikas, en el campo, detuvo de manera brusca la lectura, desestimando la mañana, y pensó: los Balcanes; nunca estuve en los Balcanes; nunca voy a estar, y, sin

embargo, hay un olor que conozco, no a pólvora, no a guerra, no a campos o ríos, qué extraño, un olor a pequeñas cosas nimias, a incienso, a ropa con sobredosis de naftalina, a café con borra en recipientes de zinc, a madera cruda, sin pulir, a, a qué; y Katsikas, en el campo, sobre la cama de hierro, se detuvo y pensó: mi padre es un recuerdo remoto, ni siquiera llegué a conocerlo, es una mano suelta, sola, desprovista de cuerpo, que acaricia la cabeza; es tarde, detesto los ruidos de este campo, los ruidos patibularios, los chirridos, la red de lo ínfimo, debería llegar al final del capítulo y después tratar de dormir, torcerle el cuello al insomnio—. Días antes de la ocupación efectiva del país por los soviéticos, el 31 de marzo para mayor precisión, el músico de sesenta y un años, devastado por la noticia, debilitado por la mala alimentación, partió una vez más en dirección a Mittersill. En esta ocasión lo hizo a pie, en compañía, otra vez, de su mujer. Fueron a pie, pero no, como podría creerse, para ocultarse: el servicio de ferrocarril se encontraba desafectado y, aunque de vez en cuando podía verse en movimiento alguna formación aislada, se trataba de convoyes militares vedados por completo para el uso de civiles. De más está decir que la caminata obligada fue lentísima y tortuosa. Es verosímil que el matrimonio haya debido combatir el hambre mediante la ingesta de frutos silvestres, incluso de raíces. Además de ser acosado por una tenaz puntada de desfallecimiento, Webern enfrentó otras dificultades. El pedregullo del camino se le introducía una y otra vez en los zapatos y, al sacárselo, para devolverlo a su lugar de origen, descubrió que se le habían venido formando toda clase de ampollas —leyó Katsikas, y detuvo la lectura para mirar, en el extremo de la cama, sus pies descubiertos, y en la zona metatarsiana, sus propias ampollas; leyó Katsikas, al que sus propias ampollas le recordaron hongos,

flores alpestres, muertas polillas nocturnas; Katsikas, que supo diferenciar las viejas ampollas de las ampollas frescas que se habían cobrado en esa última semana los terrones negros y cristalizados del campo, y el viento cortante, y el frío lapidario; Katsikas, que pensó que a la mañana siguiente, aunque no estuviera obligado a hacerlo, se levantaría a primera hora y, sólo por hacer algo, a pesar de las ampollas que casi le impedían caminar, y el dolor general del cuerpo, de las fibras y de los huesos, se pondría a ordeñar alguna vaca en los establos, o ayudaría a recolectar el heno con tridentes oxidados, o se quedaría mirando el óvalo dentado de la laguna, de un gris irregular y carcomido, una laguna artificial, pensaba, en la que seguirían reuniéndose los patos, con sus picos rojos, su plumaje negro, pero también las aves bastardas, inclasificables; Katsikas, al que dormir le costaba demasiado, que no dormía más de tres horas por noche, al que cualquier ruido que no coincidiera con su idea del gran diseño nocturno, por tenue que fuera, lo desvelaba—. El compositor y su esposa caminaron y caminaron durante al menos un par de días hasta que en una terminal de segunda importancia se les permitió comprar boletos para dar cuenta del resto del trayecto. Las razones para semejante excepción no quedan claras: puede deberse a la piedad de un empleado de provincias o a la posibilidad de que para entonces los controles se hubieran relajado. Una de las hijas, casi con seguridad Amélie, pasó a buscarlos por la estación, lo que probaría que en algún momento encontraron el modo, algo insólito dadas las circunstancias, de efectuar un llamado telefónico. Desde la última visita, habían cambiado las condiciones de vida dentro de la casa. Con los pies desollados, algo que lo obligó a guardar cama durante varios días, Webern tuvo que acostumbrarse a convivir en ese perímetro escaso con

otras dieciséis personas. No quedaron testimonios sobre esa coexistencia promiscua. Al por lo general remilgado y obsesivo músico, es de suponer, debe haberle resultado intolerable.

Sin embargo, ha podido recopilarse información sobre muchas de sus actividades cotidianas. El párroco de la iglesia local, que había trabado conocimiento con él en su anterior visita, asegura haberlo visto más de una vez atareado con la espineta de la capilla. Según parece, por las tardes se daba una vuelta para ejecutar piezas renacentistas. Notas estridentes, sin fin. También pasaba largo rato, según una vecina que declaró haberlo observado más de una vez a través de la ventana que daba a la calle, inclinado sobre una —leyó Katsikas, mientras en su cerebro se formaba una constelación nebulosa; leyó Katsikas, que en otras épocas, en mal de inspiración, era dado a perder horas realizando dibujos torpes e inconclusos; leyó Katsikas mientras pensaba: 15 de septiembre, 15 de septiembre; leyó, mientras se esforzaba para que no se le cerraran los párpados y respiraba hondo para oxigenar la sangre, para darle empuje a su propia circulación— inclinado sobre una mesa con lápiz y compás. Trabajaba figuras geométricas, líneas o, llegado el caso, signos incomprendibles, notas sueltas y desperdigadas. Al parecer reemprendió, además, sus excursiones por los senderos de montaña en busca de ejemplares inauditos. La recolección botánica, le informó a una de las hijas, era un eficaz sustituto de la recolección sonora.

En una carta de ese último período, destinada a otro compositor, Webern explica qué es aquello que especialmente le interesa en la flora. Lo que lo conmueve no es, contra lo previsible, el estereotipo romántico de la naturaleza, sino el insondable sentido oblicuo que presiente en todas las cosas. “Toco las flores —

escribió— y se me queman los dedos. Todo es ígneo y se consume de inmediato. Es como si las estribaciones del mundo, y yo con ellas, fueran diluyéndose hasta que sólo queda la bruma, la aleación de las alturas”.

La engañosa calma de estas escenas bucólicas no duraría mucho más. Durante el verano de ese año, el último de la contienda, el ejército norteamericano de ocupación decidió enviar de urgencia soldados a Mittersill. El objeto de esa misión era desactivar el tráfico ilegal de divisas y el floreciente mercado negro que medraba en la zona. Lo más escandaloso de estas actividades, que habían transformado la apacible localidad en un ajetreado enclave de paso, era que se daban entre los residentes locales y el personal del mismo ejército ya instalado en el lugar. Pronto fueron impuestos un toque de queda, cortes periódicos de luz, una vigilancia estricta, en el barrio en que vivía una de las hijas con su marido, sospechado de ser uno de los miembros más activos en ese contrabando. El 15 de septiembre

el 15 de septiembre (faltan horas para otro 15 de septiembre, pensó Katsikas, todos los años hay un 15 de septiembre, habría que eliminarlo del almanaque)

el 15 de septiembre hubo cena en casa del advenedizo yerno en cuestión. Era usual que las distintas familias se reunieran al menos una vez por semana. El músico aprovechaba por lo general la ocasión para quedarse, más a sus anchas, en la otra residencia. Nadie sabe bien qué hacía en soledad: tal vez sólo durmiera. Esta vez, en cambio, para sorpresa de todos, aceptó participar del encuentro porque se celebraba alguna clase de aniversario. No eran tiempos para derrochar optimismo, aunque durante el frugal banquete, según parece, hubo algo de jarana. Se cantó y se brindó, y al compositor, siempre

circunspeto, rumiando su desesperación, se lo vio de excelente humor. Acabada la comida avisó que saldría al aire libre a fumar un cigarro. En el interior de la casa había demasiada gente y el humo se volvería intolerable para las mujeres y los niños. La carestía se había ahondado; es razonable pensar, por tanto, que el proveedor de tabaco fuera su propio yerno. Webern dio un par de pasos en la noche y antes de encender su puro se quedó respirando el aire veraniego. Con toda probabilidad la casa, sin que sus habitantes lo supieran, estaba siendo vigilada. En las inmediaciones, en todo caso, a poca distancia pero oculto en la oscuridad, se encontraba apostado un soldado norteamericano. Apenas el centinela vio una silueta que se movía bajo los árboles dio la orden de “manos arriba”. El compositor no lo escuchó —o, dado que desconocía el inglés, no entendió lo que se le estaba diciendo— porque a pesar de todo encendió un fósforo. Acto seguido, el soldado disparó tres veces. Los proyectiles fueron a dar, para luego atravesarlos, en el pecho (uno) y en el abdomen (dos) del músico. Las versiones sobre esta escena, que careció de testigos, son muchas, pero discrepan en puntos esenciales. Algunas voces sugieren que Webern llegó a fumarse medio cigarro, que se permitió alguna mirada despectiva o, por el contrario, que intentó entablar conversación con su próximo ejecutor; otras, que ni siquiera llegó a dirigirlo hacia la boca, que apenas logró enarbolarlo en el aire antes de ser acribillado. El centinela, a su turno, alegó que había sido atacado por el occiso con un objeto contundente, una barra de metal, y que, por tanto, había actuado en defensa propia. Dada la edad y el precario estado de salud de la víctima es poco creíble, por no decir imposible —leyó Katsikas, que abandonó sin encender el cigarrillo que venía armando con la mano derecha y acababa de adherir con saliva; leyó Katsikas, que

sostenía abierto el libro sobre los muslos con el índice y pulgar de la izquierda; leyó Katsikas, que sintió un mareo artero, como si la presión le estuviera bajando a raudales; Katsikas, que se apretó los lagrimales con los dedos de la otra mano y vio en el fondo de los ojos un remolino de puntos esquivos y frenéticos—, imaginar que sus fuerzas le hubieran permitido empuñar nada, que haya podido siquiera intentar agredir a nadie. Sí lo creyó así, por el contrario, el tribunal que días después juzgó al centinela; sobre todo si se tiene en cuenta que, sin iniciar investigaciones, lo liberó de culpa y cargo. Aquella noche, la noche del crimen, el cadáver fue trasladado dentro de la casa y hasta el arribo de las autoridades competentes permaneció, mientras iba perdiendo calor, sobre la mesa en que poco antes había cenado. Era de baja estatura. No llegaba a ocupar la mitad de la superficie. Con los charcos de vino circundantes, que rozaban y humedecían el traje, el cuerpo recordaba un espécimen en exposición.

En la pequeña iglesia barroca del lugar se llevó a cabo a la mañana siguiente una misa, acompañada por un réquiem gregoriano. La ceremonia fue breve. Apenas cinco personas siguieron el ataúd hasta el cementerio —y sin dejar de leer, Katsikas estiró el brazo blanco y delgado hasta alcanzar el interruptor; y Katsikas, ignorante, se preguntó en voz alta, él, que nada sabía de música, cómo carajo sonaría un réquiem gregoriano; y Katsikas apagó la bombita y la ventana entintada dejó ver del otro lado, al esfumarse las orlas artificiales contra el vidrio, una negrura sin pausa, dejó escuchar con mayor distinción la fuga de sonidos que picoteaban, afuera, cada centímetro del espacio; y Katsikas tuvo tiempo de conservar en las retinas la última frase, en el umbral de la cual se había detenido, que no había alcanzado a leer, que sólo había abarcado con un golpe de vista para después verla titilar en la

mazmorra de los párpados cerrados, preguntándose si sería cierta, si no estaría fraguando, si ojo, oído y mente, confabulados, no andaban engañando— y durante el lento trayecto pudo escucharse la miríada de las aves, la alondra, el ruiseñor, las estridentes cotorras en escuadra, cuando